

OTRAS RAZONES

LA JUSTA INDIGNACIÓN



Al decaer la democracia griega, la política dejó de ser noble como acción, pero los filósofos la ennoblecieron como vocación. Al perder la república romana su dignidad cívica, los escritores dignificaron la virtud republicana. Y desde entonces no cesa de repetirse el mismo contrasentido: la política deviene, en teoría, la más noble de las vocaciones cuando, tras una breve vigencia de los ideales democráticos y republicanos, pasa a ser, en la práctica, la más innoble de las acciones. Se entonan cantos a la dedicación política cuando se ha desvanecido toda esperanza de dar nobleza y dignidad, con la acción pública, a las relaciones humanas. La adulación al poder más parece una función histórica de la condición subalterna del intelectual, que un reflejo de la inseguridad personal que produce el imperio de la arbitrariedad en las sociedades miserables. Cuando carece de motivos para loar las acciones, la adulación los inventa en las vocaciones. El gran Virgilio ennoblece la progenie de Augusto, haciéndolo descender, aduladoramente, de los dioses. Pero salva el honor de su visión del mundo, poniendo en la piedad de Eneas, por los sufrimientos de su padre y de su desterrado pueblo troyano, la esencia del patriotismo romano.

La relación de poder, la dominación de unos hombres sobre otros, no puede estar basada, como es fácil de suponer, en el amor a la humanidad o al prójimo. La vocación política fundada en la idea de servicio a los demás es sospechosa de impostura. Sólo logra nobleza si está fundada en el sufrimiento: en ese insoportable dolor personal que produce el malestar social tan pronto como se concibe la posibilidad de mitigarlo o de suprimirlo. Lo que sólo acontece en personas de acusada sensibilidad, firme coraje moral, predisposición mental para la acción, mayor imaginación creadora que las demás, y en las excepcionales situaciones de injusticia común que, hecha abstracción de la diferencia entre rico y pobre, hacen indigno el lazo social entre los hombres.

Aunque la causa de la indignidad social pueda residir, en último término, en la dominación de clase, sus dos caras miserables y grotescas, las que mueven a compasión íntima y a indignación pública, las que ennoblecen la llamada a la acción política en las vocaciones genuinas, las hace visibles la falta de libertad política en los gobernados, por un lado, y la falta de sinceridad en la retórica de los gobernantes, por otro. El servilismo de aquellos se justifica, como pretexto intelectual, con la mentira de éstos. La música de la vocación política no suena con nobleza en el metal egoísta de la ambición de cargos, ni en la sensible fibra del altruismo. Una persona moralmente equilibrada no acepta de buen grado entrar en posiciones de dominio sobre los demás, si no está embargada por un sentimiento de indignación pública, a causa del servilismo que, mire donde mire, la rodea, y de la mentira que, oiga la que oiga, lo disfrazo con ropones o harapos de libertad. Cada forma de gobierno tiene sus servidores de la dominación. Conocimos los de antes. Conocemos los de ahora. Sólo que la democracia aún no ha encontrado, en España, los suyos.

En la justa indignación por el reparto de riquezas y de honores inmerecidos, entre los partidarios del poder, y de tribulaciones, igualmente inmerecidas, entre sus opositores, está el motor de esa pasión por la justicia y la libertad que hace dignas las vocaciones políticas. Sin esa capacidad de indignación, por las injusticias sufridas en carne ajena, no puede nacer o mantenerse la dignidad pública en la política, como tampoco el decoro civil en las relaciones sociales. La persona digna no es la que guarda una «posición intermedia» entre suficiencia y servilismo, como sostuvo razonablemente Aristóteles en una sociedad esclavista, sino la que precisamente huye de términos medios, porque sabe comportarse, sin estridencias y haciendo natural abstracción de la relación de poder en que está situada, con la tranquilidad de ánimo y el sentido de la responsabilidad, que la conciencia moral y el sentimiento de la libertad prestan siempre a quienes ponen la causa de la indignidad política, más que en las personas, en las instituciones indignas.

Antonio GARCÍA TREVILANO

VALORES SECULARES DE LA NAVIDAD

¿Es una cursilería escribir sobre la Navidad? ¿No son estos días unas fechas engañosas, hipócritas, en que Caín y Abel se instalan en torno a una mesa repleta de manjares, si sus posibilidades se lo permiten, para entonar el cántico de la familia, del amor y, tras ello, matarse al día siguiente? ¿No han caído sobre esta mitología los buitres del comercio, para hacer del, en nuestras latitudes, frío diciembre su agosto? ¿No se han convertido en jornadas atosigantes, abrumadoras, por los compromisos sociales que nos aprietan, si queremos quedar como personas corteses? A más de uno le irritan, o incluso le repugnan estas fiestas. Para otros son días de expansión cordial y de reencuentro con seres queridos. Son fechas ambiguas, como tantas veces es lo humano, ceñidas por el entusiasmo o por el hastío y la crítica. Para los cristianos, naturalmente, tienen un significado especialísimo, l'allegada de la Buena Nueva, pero semejante mensaje cada vez queda más perdido en este mundo afortunadamente secularizado.

Ahora bien, una de las funciones de lo religioso reside en expresar mediante símbolos fácilmente captables y popularizables pro-



fundas experiencias humanas, susceptibles de ser analizadas, desprendiéndolas de su ganga imaginativa. Y todo el mundo sabe que el relato navideño cristiano recoge y sintetiza elementos muy anteriores, cultos primitivos y arcaicos.

A los valores que, en este sentido, se expresan en la mitología navideña querría referirme.

Asistimos, en primer lugar, a la noche más larga del año en nuestro hemisferio, al triunfo de lo nocturno. Y lo nocturno ha sido valorado de formas bien opuestas. Los tiempos medievales que precedieron al Renacimiento, tópicamente y significativamente, han sido calificados de «oscuros». Nuestra cultura histórica dominante ha sido la cultura heliocéntrica. Presidida por un cielo poblado de dioses y héroes solares. Pero, ¿qué sería de nosotros sin la noche? ¿Y sin el sueño? ¿Castigados como Lady McBeth, a la incapacidad de entregarnos al descanso reparador y soñador? Toda esta cultura racional sería imposible sin el reposo nocturno, sin el regreso a las profundidades. A los subterráneos en que los ciclopes martillean y forjan el renacer de una nueva vida. Y en que esta se enriquece con la ruptura de los paradigmas diurnos con el vuelo repentino de la fantasía onírica. Es algo que se desvanece en el mundo que estamos viviendo, del pensamiento único, del conformismo, en que «todo va bien», en que la imaginación creadora es encerrada en el lazo de los locos. No pretendo que tal personaje, la imaginación creativa, esté revestida de caracteres exclusivamente nocturnos. Sus obras para ser acabadas exigen una rigurosa arquitectura lógica. Pero nacen del acto en que suspendemos las falsas, simplificadoras, apariencias de un mediodía en que todo es perfecto. Brotan de la negación.

En la oscuridad de la noche los seres diluyen sus contornos, se funden y abrazan. Prodamen la unidad suprema del todo. Emociones que cantó el «Unamuno contemplativo», complementario del agónico. Tradicionalmente la noche ha sido considerada el reino de lo femenino. Tan necesario para superar las limitaciones del imperio patriarcal. Y ¿a quién no han extasiado las noches de luna, cuya magia nos descubre el encanto y la complejidad de una realidad sofocada por el despotismo solar?

Pero esta capacidad desestructuradora de la noche aún nos descubre otro valioso horizonte antropológico y biológico. Me refiero a la función que en el progreso de la evolución juega el regreso a la vitalidad primaria, la ruptura de los anquilosamientos, como han subrayado teorías científicas de las últimas décadas cual es el caso de las de Gould. El nacimiento de lo nuevo, de la esperanza, aquello que en estos días se ensalza en torno a la figura del recién nacido, no es posible sin la destrucción de lo viejo, de lo fosilizado. Y tal es el gran valor de las revoluciones, por muy anatematizadas que hoy estén. Cuando en ellas sienten los humanos la libertad creadora para abrir los horizontes de un nuevo mundo.

Carlos PARIS

AQUELLOS TRADUCTORES

¡Que tiempos aquellos!, comentan a Juan Bravo agentes de la lucha antiterrorista al recordar la celeridad con que se traducían los comunicados de ETA, se hacía una evolución del contenido de los mismos y, de esta manera, tanto los responsables policiales como los políticos tenían en sus manos, en pocas horas, el texto urdido por los cabecillas de banda y el correspondiente análisis del mismo.

Un agente colombiano, amigo del espía J. B., recuerda la desazón que tenía el presidente del Gobierno español, José María Aznar, cuando, en medio de la selva peruana, tuvo que esperar interminables horas a que llegara desde Madrid la traducción del comunicado que hizo pú-

co la banda terrorista a mediados del pasado mes de septiembre y en el que anunciaba el «alto el fuego». La falta de información previa sobre la inminente «tregua» provocó que hubiera que localizar a los traductores en una fiesta y, para colmo, que su nivel de conocimiento de euskera no fuera el más adecuado para la urgencia de la situación.

Y Juan Bravo recuerda ahora que tanto en la guerra, como en la paz; que en las batallas y en las conversaciones, la información sobre el enemigo (o por lo que parece, simple rival ahora) es algo de vital importancia. Y que quien vaya a ciegas en asunto tan trascendental termina pagando tamaña osadía.

Juan BRAVO

